

ETICA CRISTIANA



La ética es aquella rama de la filosofía que trata del carácter y de la conducta del ser humano. Tiene que ver algo con la vida o la personalidad en lo interior del hombre, las manifestaciones externas y las relaciones sociales. Aristóteles fue el primero que dio a este estudio su nombre y su forma sistemática. De acuerdo con el significado griego, se trata de la ciencia de costumbres: costumbre, hábito, disposición). Sin embargo, estos términos se refieren exclusivamente a “maneras externas” o “usos”, de modo que la mera etimología limitaría la naturaleza del género. La misma limitación existe en su designación latina “moral”, puesto que mores se refiere principalmente a “maneras”.

El hombre vive antes de reflexionar, y actúa antes de examinar las causas o consecuencias de la acción. Mientras que haya una paridad con los hábitos entre individuos, o dentro de una nación, no se preguntará por razones éticas. Sólo cuando se levanten dificultades, cuando hagan inesperada aparición los problemas más hondos de la vida. Por ejemplo, cuando los derechos y obligaciones, y las “leyes” actuales que nos rigen no ofrecen solución, entonces se levanta la duda, y con la duda una reflexión acerca de la moral actual que gobierna nuestras vidas.

Pero nosotros no queremos contemplar el tema de la ética como una simple ciencia, una filosofía flexible, de la cual nació la idea absurda de la “ética situacional”, es decir, “la moral de acuerdo con la situación”; nosotros queremos profundizarnos en el tema de la ética cristiana, pues como cristianos no nos ha de interesar más la norma del mundo, sino los principios éticos o morales del Dios eterno.

La ética cristiana encierra el postulado del pecado y lo interpreta como una rebelión personal contra la santidad de Dios, pues es la libre elección que coloca el “ego” por encima de los intereses divinos. Más aun, el pecado es la perversión de todos los poderes del ser humano para reducirlos a instrumentos de injusticia.

Deberíamos preguntarnos por el conocimiento de Dios, y de sus atributos. Hemos de considerar la Escritura como su palabra personal. Hemos de aceptar la palabra de Dios como infalible, capaz de guiarnos; y hemos de comprender nuestra relación con Dios y cómo debemos conducirnos delante de él y de nuestros semejantes. Sólo entonces, cuando el hombre acepte la enseñanza de Dios como único camino, sublime y exaltado, para regir en la vida del hombre, se acercará al ideal de la ética cristiana para vivir conforme con su contenido.



Hay un solo Dios verdadero, y su Hijo Jesucristo. Los milagros de la Biblia tuvieron lugar a través de Cristo y sus apóstoles. La fe es algo mucho más que “creer simplemente lo que veo”. El Dios verdadero no nos ha dejado sin evidencia de sí mismo. El Apóstol Pedro decía: “No os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad. Pues cuando él recibió de Dios Padre honra y gloria, le fue enviada desde la magnífica gloria una voz que decía: Este es mi Hijo amado, en el cual tengo complacencia. Y nosotros oímos esta voz enviada del cielo, cuando estábamos con él en el monte santo. Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar obscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones; entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2ª Pedro 1:16-21). Pedro habla en calidad de testigo. El vio al Cristo, vivió y compartió con él, comió y sufrió con él, y vio su gloria. Y también nos dice que atendamos la palabra profética, pues es la palabra de Dios. Pues bien, si la palabra a que nos referimos es de Dios, luego también la doctrina ética que contiene es de Dios—y si es de Dios, el hombre ha de comprometerse con su Hacedor que es superior y más fuerte que él. Pero si logra quitar a Dios de su mente, entonces no hay compromiso, y nace la idea fatal de la ética situacional. Es preciso que el ser humano acepte a Dios, y la Biblia como la palabra inspirada por Dios, antes que pueda hablar de ética cristiana. Los profetas que vivían 800 años antes de Cristo fueron llamados por Dios a presentarse a un mundo caracterizado por la degradación moral y religiosa entre la gente de Dios. ¡Sí señor, usted ha leído bien: entre la gente de Dios! Solamente la palabra de Dios, infalible y perfecta, era capaz de inculcar en la gente un nuevo concepto de moral o ética.

¿Cuáles son los atributos de Dios? Dios es un Dios justo, santo y bueno. Dios es amor. Dios es eterno, omnipresente, omnisciente y omnipotente. Dios no cambia. El es majestuoso y en él se encuentra toda la sabiduría. Tiene misericordia, compasión; perdona los pecados; ama al hombre, pero aborrece el pecado. Es un Dios redentor. Es fiel, puro, amable. Pero lo que más destaca, y todo esto se encierra en ello, es su santidad y justicia. Todo lo que sabemos de él fue resumido en Colosenses 2:9: “Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad”. Y Cristo “es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación” (Colosenses 1:15; 2ª Corintios 4:4). Otro escritor empleó una metáfora similar, diciendo que “Cristo es el resplandor de su gloria, y la imagen misma de (Dios) su sustancia” (Hebreos 1:3). Jesucristo es Dios revelado. Jesús es la palabra

eterna de Dios que se hizo carne. Cristo, por lo tanto, en todas las cosas representaba a Dios, pues él participó en su ser. Nosotros no sabemos nada de Dios, sino lo que él nos manifestó en Cristo. Su gracia, santidad, justicia, su amor paternal, su influencia en todo; todo eso sabemos por medio de Jesucristo. El Espíritu Santo tomó algo de Cristo y lo declaró a los hombres (Juan 16:14). Y el Espíritu es el santificador en la vida humana.

En el libro de Proverbios encontramos la verdadera relación entre Dios y el hombre. Dice que “el temor de Jehová es el principio de la sabiduría, y el conocimiento del Santísimo es la inteligencia” (9:10); pero “el impío toma soborno del seno para pervertir las sendas de la justicia” (17:23). “El que aparta su oído para no oír la ley, su oración también es abominable” (28:9). Todo el libro de Proverbios está lleno de amonestación a favor de la reverencia y la obediencia, y la confianza: “Fíate de Jehová de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia” (Proverbios 3:5,7). Vemos que la Escritura exalta la fe sobre la sagacidad. Aunque muchos van a la escuela de Dios, sólo pocos aprenden la sabiduría, pues el conocimiento que él desea inculcar al hombre, es el conocimiento de Dios mismo: “Entonces entenderás el temor de Jehová, y hallarás el conocimiento de Dios” (2:5). ¿Qué es, pues, esa sabiduría que proviene del conocimiento de Dios? Es instrucción, corrección, entendimiento, acciones sabias, justicia, un sano juicio y equidad, discreción, conocimiento, y... aprender y aprender.

Proverbios también habla del insensato. La raíz de su problema es espiritual, no mental. El insensato ama regresar a su insensatez “como el perro que vuelve a su vómito” (26:11). El necio no tiene reverencia por la verdad, prefiriendo ilusiones confortables (14:8,9). En el fondo, lo que el insensato o necio rechaza, es el temor del Señor (1:29). Y así se constituye en necio, “porque el desvío de los ignorantes los matará, y la prosperidad de los necios los echará a perder” (1:32). El contenido de vida de tal persona, que aparece especialmente prominente, es su insolencia moral; es indiferente a toda advertencia. La mente del medio es cerrada para Dios, como la de Nabal de quien sus propios criados decían: “no se le puede hablar” (1ª Samuel 25:17).

Sólo el ser humano que reconoce a Dios como tal, que acepta su enseñanza como divina y exclusiva, sin añadir ni quitar; solamente éste puede entrar en el ámbito elevadísimo de la moral cristiana. Nadie más que él entenderá los principios éticos de Cristo para vivirlos. Recordemos que Jesús nunca insistió en una teoría moralizante, sino que él, en todas sus esferas de vida, dio el más elevado ejemplo de vivir lo que enseñaba, ganándose así la aceptación de su Padre Celestial y de los hombres que buscaban algo más que ser morales de acuerdo con la situación.

Hemos visto cuales son los atributos de Dios: su santidad, su justicia, su amor, su rectitud, su misericordia, su benignidad, su longanimidad, su verdad. Todos estos atributos hablan en favor de un ser moral, profundamente moral. Nosotros hemos recibido su Espíritu al obedecerlo —y todo hombre y toda mujer pueden alcanzar el mismo fin por la fe, el arrepentimiento, y el bautismo —y, por lo tanto, hemos de andar en la misma conducta ética que el Señor nos propuso en la Escritura. Las páginas de la Biblia nos gritan a voz en cuello que imitemos el carácter del Padre, su forma de ser y sentir; que nos hagamos uno con el Espíritu del Señor. Sólo así podremos definir realmente lo que es “ética”, ética en los ojos del Altísimo, al que todo hombre algún día, habrá de dar cuenta de lo que entendió, en su vida, de ética, y si vivió conforme a ella.